Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Rúbricas Número 0. Cambio Climático

Rúbricas éticas

Castillo Alarcón, Noé

2015-03-20

http://hdl.handle.net/20.500.11777/737

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

Rúbricas éticas

Noé Castillo Alarcón
Comunicólogo. Director general del medio universitario de la UIA Puebla.

En el panorama de nuestra época hay un rasgo que no deja de inquietarme a pesar de que, según veo, en general pasa ya inadvertido o se le admite sin más como si fuera una condición irrevocable de la realidad.

Me refiero a la coexistencia de dos tendencias que la lógica en la que fui educado me persuadía a considerar incompatibles: por un lado el sorprendente desarrollo y proliferación de dispositivos útiles para informarnos y comunicarnos, condición ésta ampliamente glosada en la literatura de todo tipo durante las últimas décadas que ha inducido incluso a proclamar más o menos unánimemente a nuestro tiempo como la Era de la información (gracias en gran medida a la monumental trilogía homónima de Manuel Castells, que tal vez siga siendo la aproximación más amplia e integral sobre esta complejísima nota característica de la transición entre los siglos XX y XXI); mientras, por otro lado, prevalece una asombrosa y generalizada impasividad respecto de la manera como el mundo acelera su marcha en un sentido que es, por decir lo menos, contradictorio con el trasfondo de las evidencias que esos dispositivos informacionales ponen frente a nosotros todos los días y a cada rato.

La actitud ética se caracteriza por no dar las cosas por hechas sin más, por no aceptar el modo de ser de las realidades humanas como el resultado automático de la inercia o de la imposición de voluntades suprahumanas asumidas como leyes de naturaleza. Por el contrario, es propio del espíritu ético considerar la realidad como el espacio de acción –a menudo precario y frágil, sí– de los seres humanos; como el mundo del cual somos plenamente responsables, donde es frecuente el error, las omisiones, los excesos, sus correlatos y consecuencias; pero que es también el territorio de lo posible.

Pero lo posible comienza con la necesidad de tomar distancia de lo que tácitamente asumimos como la realidad, para intentar mirar de nuevo y por nosotros mismos, para tratar de comprender la lógica que rige su movimiento; de camino hacia la necesaria re-valoración de la realidad y hacia la toma de posición respecto de y en ella, que preceden a la acción comunicativa, a la acción social, a la necesaria acción cívico-política.

Recientemente, Pietro Ameglio planteó en un ensayo una pregunta que muchos considerarían ofensiva o, por lo menos, anacrónica, espetada así tan crudamente en la cara de la ciudadanía del hiper-revolucionado siglo XXI: *¿Pensamos?* (Ameglio, 2009: 14).

No obstante parecer pueril y de obvia respuesta, Ameglio afirma que esa pregunta plantea el problema epistémico más imperioso de nuestro tiempo; yo añado que ese es, también, el problema ético más urgente, pues de él se derivan implicaciones de enorme trascendencia que rebasan el ámbito de la vida privada y de la educación, y se adentran decididamente en la constitución del orden social.

En ese ensayo la pregunta precedía un diagnóstico de la humanidad contemporánea ciertamente nada elogioso, pues evidenciaba, en síntesis, que hoy por hoy es casi inexistente el pensamiento original, si por éste entendemos que es resultado de una actividad de interiorización y apropiación de cada individuo, de manera que sea expresión y representación auténtica del pensamiento de cada cual.

A cambio de ello –añadía– lo que en la actualidad predomina es la práctica de la repetición mecánica de presuntas *verdades* difundidas por las *autoridades de nuestro tiempo* sin haber sido procesadas-filtradas-analizadas-reflexionadas.

Sobre las causas de esta sequía del pensamiento, Pietro Ameglio planteaba lo que ya implícitamente había puesto en evidencia el poeta anglo-norteamericano T. S. Eliot desde 1934 en aquellos célebres versos de *The Rock* que, en la traducción de Jorge Luis Borges, dicen:

> ¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?
> ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido
> en conocimiento?
> ¿Dónde el conocimiento que hemos perdido
> en información?[1]

Un par de décadas antes de la masificación de la televisión y medio siglo antes de la aparición de Internet, Eliot advirtió los peligros de suponer que hay una relación causal mecánica entre información-conocimiento-acción que, ajena a la voluntad humana, hiciera que la sobreabundancia de información se tradujera automáticamente en conocimiento y que éste indefectiblemente derivara en decisiones sabias y vidas virtuosas; proceso –además– por razón de cuya naturalidad, pudiéramos abandonarlo dócilmente en las manos del mercado.

Como ha pasado con demasiada frecuencia, la voz de la poesía tampoco fue escuchada entonces y, así, terminó configurándose el escenario al que me referí al inicio.

Escenario en el que con toda lógica ocurre lo que Kundera, Simone, Sartori y un número importante de críticos de la cultura contemporánea han reiterado: la educación ya no ocurre más en el ámbito de la socialidad, de la familia y la escuela, sino en el marco de la relación entre los medios y sus consumidores. Cosa similar podríamos decir del poder, que hoy por hoy tampoco corre por los cauces habituales ni del modo como se supondría debiera ocurrir.

Hace veinte años Jean Baudrillard escribió uno de los libros más sugerentes de los últimos tiempos: *La transparencia del mal* (1991). Tal libro fue redactado bajo el influjo de una peculiar convicción epistemológica que se expresaba en el primero de los dos epígrafes de autor anónimo que Baudrillard eligió a manera de prólogo: "Ya que el mundo adopta un curso delirante, debemos adoptar sobre él un punto de vista delirante." (1991: 7)

En el vertiginoso inicio de *La transparencia del mal,* Baudrillard caracteriza el estado de cosas en el mundo contemporáneo como el propio de la resaca tras la orgía de la modernidad, entendida como un movimiento de liberación en todos los campos de la actividad humana. Una liberación que debemos entender en dos sentidos complementarios: como una aceleración de las dinámicas y fuerzas en cada campo, con el consecuente rebasamiento o transgresión de los límites que las confinaban; y como el desmantelamiento de la relación que había entre esas fuerzas y esos campos, con su consecuente autonomización.

El final del primer párrafo decía:

> Ha habido una orgía total, de lo real, de lo racional, de lo sexual, de la crítica y de la anticrítica, del crecimiento y de la crisis de crecimiento. Hemos recorrido todos los caminos de la producción y de la superproducción virtual de objetos, de signos, de mensajes, de ideologías, de placeres. Hoy todo está liberado, las cartas están echadas y nos reencontramos colectivamente ante la pregunta crucial: ¿qué hacer después de la orgía? (: 9)

Acto seguido, Baudrillard proponía una primera respuesta, digamos cínica, aunque cargada de una profunda amargura: "ya sólo podemos simular la orgía y la liberación, fingir que seguimos acelerando en el mismo sentido, pero en realidad aceleramos en el vacío […]" (: 9)

En el fondo, Ameglio, Eliot y Baudrillard, como tantos otros, nos hablan de un mismo acontecimiento: el monumental fracaso de la versión hegemónica de la modernidad que ha sido protagónica al menos durante los dos últimos siglos. Esa modernidad ilustrada que, ingenuamente (perversamente, dirían otros), le confió su alma a la técnica y al método. Esa modernidad acumulativa y excluyente. La modernidad de los monopolios y la competitividad que hace pasar a los "perdedores" como daños colaterales del inevitable darwinismo social. Esa modernidad ha fracasado palmariamente para efectos de la dignidad humana.

Sin embargo, no hay motivo de fiesta en ello. No lo habrá mientras tantos, como ocurre cada día, continuemos asistiendo al vertiginoso proceso de deterioro de las condiciones para la vida en general y para la vida digna en particular, como quien mira no la realidad sino un espectáculo que no le atañe, salvo para fines de entretenimiento.

Así, pues, la viabilidad de nuestro mundo, en lo inmediato y con urgencia, pasa por recuperar el margen

[1] En el original:
Where is the life we have lost in living?
Where is the wisdom we have lost in knowledge?
Where is the knowledge we have lost in information?

de libertad y autonomía perdido en los procesos de conocimiento y construcción de la realidad. Esa recuperación bien puede comenzar por admitir que nuestra época no es superior ni intelectual ni moralmente sobre otra: frente a la catástrofe actuamos como la sociedad pre-filosófica griega: supersticiosa y resignadamente.

La sustentabilidad de nuestro mundo supone modificar radicalmente la percepción que de nosotros mismos tenemos por efecto de la "epidemia de valor", que Baudrillard anotaba como la más evidente característica de nuestra época, gracias a la cual todo vale lo mismo (es decir, según la lógica nietzscheana, nada vale en realidad) y todo aparece ante nosotros con el mismo grado de importancia, en una relación de contigüidad en la que todo coexiste sin referencia a nada que lo trascienda y ordene, exactamente como en los noticiarios de la televisión, donde se suceden las imágenes de un mundo en el que no es posible el juicio, ya porque todo es relativo y no podemos tener seguridad de qué es verdad y qué no, ya porque todo está pre-juzgado y condenado y entonces para qué actuar.

Para qué y qué acción es posible, además, cuando se nos presenta una imagen del mundo donde no hay relación entre lo local y lo global, donde no hay contextualización ni historia que nos recuerde que todo comienza en la acción u omisión de ésta, situada en un lugar y una hora precisos; incluso esos problemas que se nos presentan con una dimensión y densidad tales como para hacernos creer que no son asequibles a la comprensión del común de los mortales y que sólo nos queda la opción de empequeñecernos, encerrarnos y ovillarnos debajo de las cobijas a esperar que los especialistas y los poderosos los expliquen y resuelvan, o bien a que todo termine, preferentemente de un modo espectacular, digno de nuestra lujuriosa tecnología audiovisual.

Los dos versos del poema de Eliot que seguían a aquellos ya referidos sobre la vida, la sabiduría, el conocimiento y la información decían:

> Los ciclos celestiales en veinte siglos
>
> Nos apartan de Dios y nos aproximan al polvo.[2]

Deseo que en esto Eliot no acierte. Prefiero la propuesta de refundación que Baudrillard dejaba implícita al final de su libro: "el Otro es lo que me permite no repetirme hasta el infinito" (: 185), señalando, así, el camino de vuelta a la raíz de la realidad y a un nuevo intento de rescatar el mundo: la recuperación del otro y de la otredad en el horizonte de nuestra vida; la experiencia profunda de la alteridad y el amor; y con ello también la restitución, como elementos fundamentales en la constitución, florecimiento y ensanchamiento de la vida de ese par de principios compulsivamente negados y desterrados en la historia de la modernidad: el misterio y la gratuidad.

[2] En el original:
The cycles of Heaven in twenty centuries
Bring us farther from GOD and nearer to the Dust.

Referencias bibliográficas

Ameglio, Pietro (noviembre-diciembre, 2009) "Pensar en voz alta", *Conspiratio* 2. México: Editorial Jus.

Baudrillard, Jean (1991) *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos.* Trad. Joaquín Jordá. Barcelona: Editorial Anagrama.

Borges, Jorge Luis (1986) *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en "El Hogar"* (1936-1939). Ed. E. Sacerio-Garí y Emir Rodríguez Monegal. Buenos Aires: Editorial Tusquets.